

A Portal Through Pain

Amy Edelstein

Aunque siempre pensamos que ir mas allá de nuestros límites es algo reservado para atletas de élite ejecutando proezas físicamente arriesgadas, el espíritu valiente y la auto-determinación necesarias para llevar a cabo semejantes hazañas pueden encontrarse en individuos de todos los caminos de la vida y en cualquier escenario que ponga a prueba la resistencia del alma humana.

La historia que viene a continuación es un ejemplo profundamente inspirador de este espíritu que va 'más allá de los límites,' narrada por una de las estudiantes más veteranas y cercanas a Andrew Cohen, Amy Edelstein, cuando cuenta su experiencia del horrible accidente de tráfico que sufrió y que casi acabó con su vida.

Hace dos años y medio, cuando regresaba de un viaje de trabajo, recogí mi coche en la estación del tren donde lo había dejado al norte de Nueva York, y conducía de vuelta a casa en un oscuro atardecer empañado de neblina a través a través de una arbolada carretera estrecha y tortuosa.

No recuerdo los pocos minutos que pasaron entre la imagen de la lluvia gris y ligera cayendo sobre las ramas sobresalientes de los arces (los neurólogos dicen que el cerebro segrega una fórmula encargada de eliminar recuerdos para protegernos de incidentes que nuestro sistema no puede procesar) a mirar a través de una ventanilla retorcida y hecha añicos, con el volante presionándome fuertemente sobre mi pecho, cristales cálidos, gruesos, mojados y crujientes en mi boca, un extraño vacío donde mis pies deberían estar (¿están?), y el mordaz dolor en mis caderas cuya intensidad no puede ser medida. Fue una colisión frontal contra un camión de 18 ruedas, que viajaba a 35 millas por hora en mi dirección, por suerte yo había reducido la velocidad a menos de 20 millas por hora a causa de los túmulos situados justo allí. El jefe de la policía local había perdido a un hijo algunos años atrás en esas mismas carreteras, y no quería que ninguna otra persona perdiera otro.

Entre 25 y 30 personas surgieron de la nada, rodeando la carrocería retorcida del vehículo, intentando arrancar el metal para poder abrir alguna esquina y desenredar el metal. Un extraño se me acercó, meciendo mi cabeza hacia ambos lados con grandes y cálidas manos, recitando suavemente una y otra vez, "es tu día de suerte, es tu día de suerte." Mi consciencia iba y venía. Lucidez. Confusión. Escudriñando para tratar de averiguar qué estaba pasando. No pude hacer un inventario de las partes que estaban y las que no. Lo intenté pero simplemente era imposible saberlo. Puro miedo. Había estado practicando mucha meditación durante ese período de mi vida. Mi comprensión espiritual había estado profundizándose inesperadamente, llenándome de tremendo gozo, energía, admiración, inspiración y asombro. Dicha comprensión estaba viva en mí, trayendo consigo una gratitud más allá del pensamiento. Atrapada en un amasijo de metal, era consciente a la vez de la presencia de un campo ilimitado, una expansión totalmente despejada de consciencia sin límites. Ese campo tenía vida y presencia, intocable por nada de lo que ocurría, más profundamente vivo que aquello que va y viene, sensible aunque inmutable, y muy real.

Un bombero luchaba con una enorme cizalla metálica, intentando cortar en vano. Cada sacudida y topetazo enviaba un dolor líquido a través de mí, empujando mi consciencia hacia límites aterradores, como una corriente desgarradora en las gélidas mareas del Atlántico. Grité. “Querida, vas a tener que estar callada para que podamos ser capaces de sacarte de aquí,” me chilló y me sacudió para que participara con una intencionalidad más profunda. El campo con el que estaba en contacto instintivamente era más profundo que cada uno de los individuos, todos separados entre nosotros por nuestras distintivas formas, separados de mí por la chatarra metálica que una vez había sido un coche. En un momento de lucidez, más audaz que el alivio más afilado, fui consciente simultáneamente de un campo de consciencia unificada y del abismo de fragmentación hacia el que mi psiquis me estaba empujando. Vi ambos. Y reconocí, más allá de cualquier duda, la decisión. La decisión entre identificarme al nivel más profundo con la realidad de la consciencia y de la bondad ilimitada, indivisible inseparable de las que sólo la bondad puede venir independientemente de lo que ocurra en la dimensión de la forma y del tiempo materiales. O identificarme con el ser individual, relativo y la consecuente separación, fragmentación y aislamiento que resultan sin remedio.

Todo el mundo a mi alrededor, tanto que fueran conscientes como que no, eran inseparables del terreno del Ser. ¿Qué derecho tenía yo de alejarme del mismo? Estábamos juntos en esto, para ser más precisos, en ese momento, ellos estaban allí por mí. Cualquier conocimiento, dirección, habilidad, idea inesperada que pudiera salvar mi vida sólo podría ser soportada por dicha Unidad. Solamente se oscurecería, dificultaría o limitaría si me separaba del proceso. Estaban haciendo todo lo que podían. ¿Qué derecho tenía yo de ser egoísta?

Se abrió un portal a las profundidades del conocimiento, racional y pacífico. Este momento fue importante. Si éstos fueran a ser mis últimos momentos de consciencia o de tener el lujo de la capacidad de pensar, quería que la misión de mi vida y mi compromiso espiritual se reflejaran en ellos. Quería que mi legado de representar la verdad más profunda que había descubierto – la misma con la que me había familiarizado a través de repeticiones incontables durante mi práctica espiritual y una vida adulta plenamente dedicada a un contexto más profundo y mayor que los sentimientos del ser individual. En una decisión consciente que fue a la vez un conocimiento directo, una decisión que fue más una respuesta en paz a una verdad obvia que una decisión tensa o conflictiva, me separé de ese límite de miedo y duda. Me dejé llevar al interior de mi propia consciencia del telón de fondo de la consciencia misma. Esa decisión definió todo lo que pasó de ahí en adelante.

Me siento feliz de poder decir que dos años más tarde, sigo recuperándome más allá de cualquier predicción. Mi convicción en el poder de la práctica espiritual se ha fortalecido. Mi deseo de encender la llama de ese mismo amor por lo sagrado en otros sólo continua creciendo debido a las formas en las que podemos implicarnos en nuestra propia transformación, con la evolución de nuestros valores compartidos, y finalmente con el despliegue de nuevas capacidades en la consciencia.

Translated by [Debora Prieto](#)

© 2012 Amy Edelstein